Ni fe ni alegría

La población de Sarajevo no se termina de creer las promesas de paz después de casi cuatro años de guerra

RAMÓN LOBO

Sobre una nieve enmarronecida por un tráfico inusual para una ciudad como Sarajevo, un viejo garabatea con un bastón puntiagudo de madera. No escribe. Sólo remueve los diminutos icebergs supervivientes como si tuviera un miedo infantil a las palabras. ¿Los norteamericanos?, repite mecánicamente. "Yo sólo creo en Dios", responde calmo con la mirada sostenida. Tres años y nueve meses de guerra deglutieron todas las esperanzas, una a una, como un racimo de uvas. Tantos días conviviendo con el sonido seco de la bala del francotirador o el silbido siniestro de la granada de mortero han metamorfoseado la esperanza en escepticismo. El arribo de 60.000 soldados, un tercio de ellos norteamericanos, no despierta aquí entusiasmos.

"La gente de Sarajevo esperamos algo, sí, pero llevamos mucho tiempo esperando algo que nunca llega", asegura Mihret. "La paz no depende de la OTAN o de Estados Unidos, depende de la otra parte [los radicales serbios]".

ASSOCIATED PRESS

Arriba, residentes del barrio de Grbavica, en Sarajevo, hacen gestos con tres dedos, saludo tradicional de victoria entre los serbios. Sobre estas líneas, dos vehículos blindados de la ONU pasan cerca del edificio Oslobodenja, sede de un periódico bombardeado repetidamente durante la guerra.

El verbo amar

En la fachada sur de la biblioteca de Sarajevo, en un aún bellísimo edificio en ruinas, mancillado y quemado por la artillería de los radicales serbios en el verano de 1992, se agolpan los mensajes con pintura. Hechos a mano. Ninguno se refiere a la guerra o a la paz. Ni a la OTAN ni al presidente Clinton. Son tan sólo nombres propios aislados, unidos por la primera persona del presente indicativo del verbo amar. Allí, en la calle Brodac, delante de ese mural de lo cotidiano, de lo insignificantemente importante, Sejdulah, de 78 años, murmura su desazón: "Clinton no puede hacer nada frente a Francia y el Reino Unido".

Este hombre delgaducho, al que la mala vista no le permite un afeitado uniforme, mantiene firme que esos dos países, Francia y Reino Unido, al igual que la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas (Unprofor), son los responsables de lo ocurrido en Bosnia-Herzegovina. Casi al mismo nivel que los serbios. "Ésta ha sido una guerra de fascistas y carniceros... Mladic, Karadzic... ¡todos unos criminales y unos ladrones!".

En las tiendecillas de madera de la parte vieja de Sarajevo, donde huele a páprika y carne quemada, los artesanos venden sus mercancías como si fueran tesoros del Oriente al amparo del último alto el fuego. Muchos hacen cábalas del negocio potencial de la aglomeración de tanta tropa de paz. De las alfombras envejecidas que venderán por un precio de loco. De los molinillos de café, de las pipas con delicadísimos dibujos sobre la porcelana... Cazim, de 68 años, lleva ya 50 parapetado tras su diminuto mostrador. Desde el número 7 de la calle de Kazazi ha visto desfilar emociones y desgracias. Glorias y penas. ¿Tito? "Una leyenda. Salvó a su país", proclama con las lágrimas bordeando el límite de sus ojos. Cazim está convencido de que Estados Unidos va a traer la paz a Bosnia-Herzegovina. "Son la garantía de que la situación mejorará".

Dos calles más allá, en pleno enjambre del Sarajevo turco, frente a la gran mezquita, sostenida como un mutilado por una nube de muletas, de andamios, Fera y Diana se procesan carantoñas sentados sobre las escaleras de una zapatería. A la espalda ancha de Fera cuelgan cartucheras vacías en espera de una nueva guerra. Usa gafas de sol redondas. Como las de un Beatle. De su oreja derecha asoma una laboriosa trencita. "Sí, es curioso que después de tantos años de comunismo, al final sean los norteamericanos los que vengan a salvarnos, a apoyar la paz".

El Gobierno bosnio ha dado pública bienvenida al despliegue. Un despliegue que ha estado desesperadamente buscando durante los casi últimos cuatro años de guerra.

En Tuzla, al norte de Bosnia, una ciudad industrializada, fea, contaminada, un producto típico del titismo, que será la base de los 20.000 soldados estadounidenses, se les espera sin albricias. Sólo las potentes televisiones norteamericanas parecen haber hallado frente a la base aérea de Tuzla, un encuadre mágico para sus estrellas más afamadas. CNN, ABC, NBC y CBS han alquilado por 2.000 a 5.000 marcos alemanes (entre 170.000 y 425.000 pesetas) al mes cuatro casonas que, plantadas frente a la base, ofrecen un cobijo adecuado y una imagen mejor. Carpinteros locales han levantado ridículas plataformas de madera pálida, verdaderos estudios para el directo, desde las cuales las cámaras hacen sus *zooms* sobre una tos, un quejido, un *casco azul* o un blindado de las Naciones Unidas con idéntica frialdad profesional.

En Tuzla, como en Sarajevo, se observa *la invasión* con solemne indiferencia. "Ya hemos tenido muchos planes de paz fallidos. Muchos altos el fuego violados. ¿Quién nos dice que éste no es uno más?", razona Fera, junto a una cajetilla de cigarillos Drina.

Mohamed, un larguirucho periodista bosnio, resume en perfecto castellano la situación con rotundidad. "El problema es que en este país [Bosnia-Herzegovina] hay mucho jodido héroe dispuesto a luchar".

En Gbravica, el barrio controlado por los radicales serbios que se asienta en el centro de Sarajevo, desde el que surgían asesinos los disparos que transformaron la bella avenida que une el Sarajevo viejo con el nuevo en la *avenida de los Francotiradores,* se percibe a los norteamericanos como enemigos. Zoran, un serbio con cara de nórdico, cree que "la OTAN, unida a los croatas y a los musulmanes, es una fuerza demasiado grande para los serbios".

Tras la mala experiencia de Unprofor, a la que se ha tildado de débil, incapaz, partidista y una larga retahíla de calificativos, los bosnios no se atreven a ilusionarse en exceso. "A Unprofor ya la conocemos, a la OTAN no; pero mucho me temo que sólo sea un cambio de casco", confía Sejdulah abrazado a su abrigo raído en un día de frío helador.

"La culpa de todo esto la tiene Europa", proclama Mohamed. Por exclusión, Estados Unidos se queda con la mejor imagen. Un privilegio que se puede licuar como la nieve de Sarajevo.